

Filminas

Víctor Pliego

LOS JÓVENES ya no saben lo que son las filminas o diapositivas. Nunca han manipulado películas fotográficas, discos de vinilo ni máquinas de escribir. Sin embargo, las diapositivas sobreviven. Algunos profesionales las siguen empleando para conseguir luces, colores y detalles de una especial calidad. Tal vez por eso, aún las podemos ver proyectadas en exposiciones e instalaciones de arte moderno. Los aparatos de diapositivas resisten, compartiendo espacio con pantallas, cañones de vídeo e incluso con el Super-8. El funcionamiento de las máquinas de diapositivas produce un sonido muy característico que nos retrotrae a los viejos tiempos: es un sonido en vías de extinción. Es curioso observar cómo las vanguardias se recrean en tecnologías obsoletas. Las fotos giran en su carrusel durante horas, hasta que se atasca el carro, se desenfoca el objetivo o se funde la lámpara. La máquina no está diseñada para un uso intensivo y requiere constantes cuidados del personal técnico (o de los becarios). El arte no se concibe buscando una eficacia concreta, pero debería procurar una calidad que estas instalaciones no suelen mostrar. Tampoco importa mucho, pues los curiosos rara vez se detienen a ver la secuencia completa de imágenes. También son escasos los visitantes que se paran a ver las películas y vídeos lanzados al vacío, en ambientes saturados de interferencias acústicas. Prefiero ver viejas diapositivas familiares en casa, aunque alguna salga invertida, sin querer. Conservan un colorido y luminosidad deslumbrantes. La habitación oscura con una pantalla improvisada tiene mucha más magia que esas complejas exposiciones mediáticas y audiovisuales.